

# EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 21  
Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, NOVIEMBRE 18 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50  
Idem idem en la Capital, 1.25  
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



W. McKINLEY,

CANDIDATO REPUBLICANO QUE TRIUNFÓ EN LAS ÚLTIMAS ELECCIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS.

PAGINAS DE VIAJE.

LAS PALOMAS DE SAN MARCOS.

Aquella mañana había caído sobre la ciudad-concha una lluvia de colores, un vívido diluvio de matices. En los canalillos abrían sus ojazos, aquí y allá, en la impasible corriente de las aguas, grandes manchones verde-oscuro; en la gran arteria líquida que cruza, á modo de S invertida, las relucientes islas, ponían tintes fugitivos, resplandores pasajeros, los dardos coléricos de un sol le estío; en los encajes de piedra de los palacios, en la esfera de oro de Santa María Della Salute, en las alabardas dentadas de las góndolas, en los arcos del Palacio Ducal, en el asfalto de la Piazzetta, en el mirador del Campanile, la luz, descomponiéndose en gotas, en rayos, en aureolas, bañaba á Venecia, la hacía relucir por fragmentos, por piezas, en los rincones, en los amplios espacios, en la tierra, en las aguas, en los aires, en los planos vecinos, en las lontananzas.

Seguir rítmicamente el zig-zag de las góndolas, á través de las callejas, cegados por aquella orgía de entonaciones, adormecidos por el lento vaivén de las ondas, en las que la percha del gondolero marca breves cicatrices, y de pronto penetrar, por uno de los estrechos huecos que dejan libres los puentecillos y los palacios, en la Plaza de San Marcos ¡oh impresión imborrable! momento nunca olvidado! Venecia la bizantina, la romana, la griega, Venecia triunfadora de todas las civilizaciones, de todas las razas, de todas las servidumbres, de toda las trabas, Venecia libre, que ha cobijado en su manto de soberana todas las estrellas, en su túnica de diosa todos los fulgores, Venecia única, propia, surge de pronto como una revelación de su pasado, como una explicación de su presente, ¡ay! como una irrevocable condena de su porvenir.

En la noche, la ciudad, á despecho de sus carcajadas y de sus gritos, de los ecos de sus músicas y de los regueros de claridad de sus barcas, se muere lentamente, arrullada por el ruido del agua que, para emplear una frase de Castelar, se

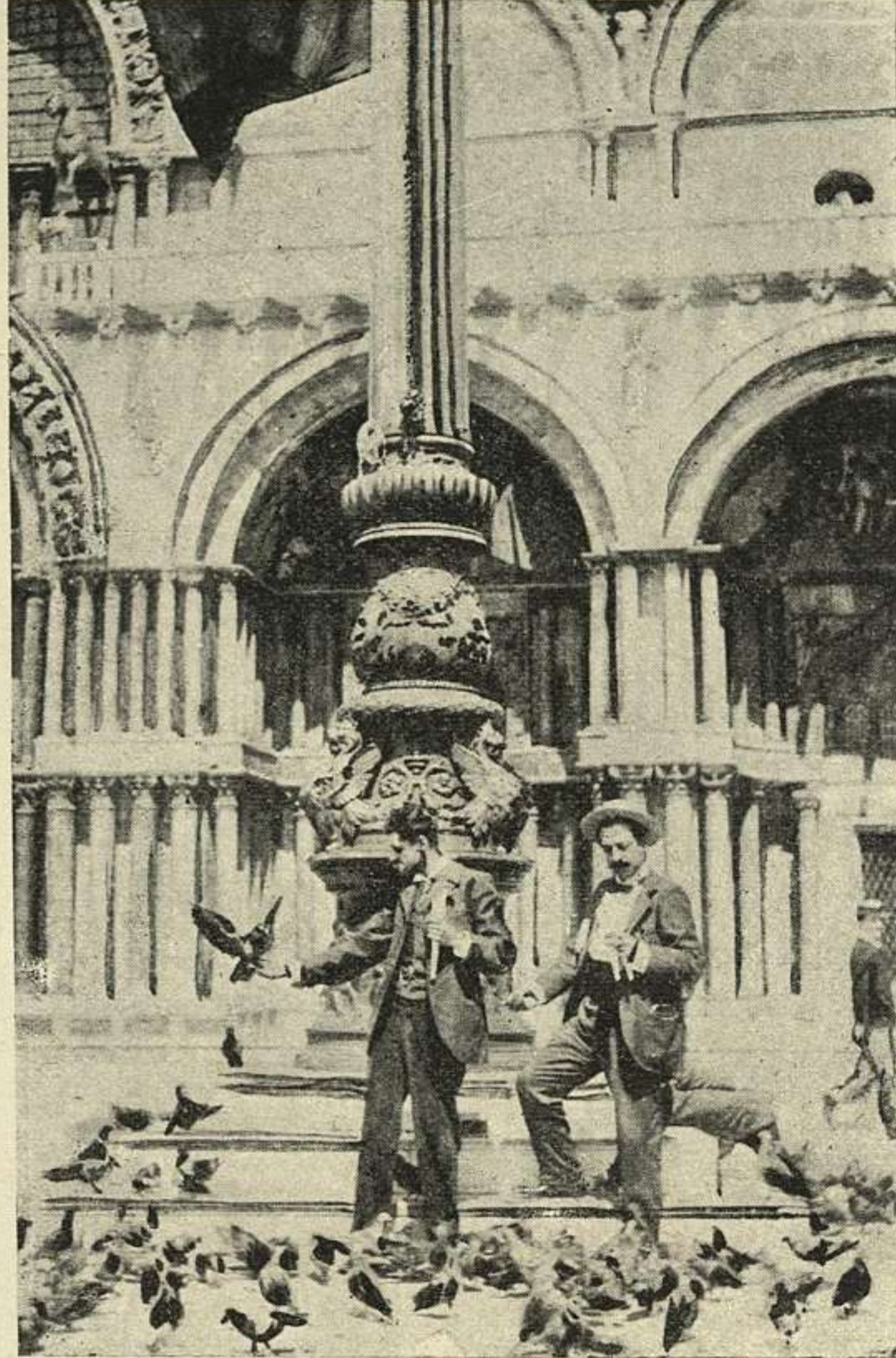


antoja el ruido de una lágrima cayendo sobre otra lágrima. Pero el día trae la victoria, los himnos de luz, las estrofas de color, el movimiento, la vida, la vida que parece escaparse á borbotones por la amplia arteria del Canal Grande, inundando con sus glóbulos policromos los edificios y los espacios, las obras de arte y los atrezos de la naturaleza.

Y al llegar á la Plaza, al poner el pie en el luciente empedrado del gentil cuadrilátero, en el cerco de las Procuradurías, con el divino fondo de San Marcos, bajo el lago de turquesas del cielo, un inmenso batir de alas, una sensación fresca y alegre viene á abanicar como una caricia de lo alto: son las palomas de San Marcos, la in-

mensa nube con plumas que raya aquel cuadro con sus rápidos giros. Y toda la historia de Venecia, sus tristes días de cautiverio, sus robustas luchas por la libertad, sus noches de orgías y de serenatas, de cadáveres y de rayos de luna, de besos húbricos y de ahogados gemidos, todo su pasado acude con las blancas mensajeras que os rodean.

Es verdad, Venecia romana, griega, bizantina, ha tomado de cada raza y de cada civilización y de cada momento histórico un diamante que en-



garzar en su cabellera de bacante y de virgen, de cortesana y de mártir, como esa bandada de palomas recoge su alimento del primero que pasa. La ciudad conquistó los mares; las aves conquistaron los aires. En la curva de sus canales se detuvo la conquista turca, como se detuvo la irrupción germana, y así se conservó immaculada, sóla, única, con sus trofeos de otras edades, y sus artes de otros pueblos. Y arriba, las palomas, posadas en los rosetones góticos, en las cúpulas bizantinas, en la cuadriga griega que soporta el pórtico de la inimaginable iglesia, son también visiones de otros tiempos y de otros pueblos, una gran turba alada que viene del pasado.

¡Oh deliciosa Piazza! á través de la orfebrería de tus arcos, las palomas ponen un tinte de fragilidad quebradiza, que completa tu encanto. Y cuando, al pie de uno de los gallardos mástiles, en los que flamea la cruz roja de Saboya,—cruz de salvación que te redimió de tu pasado martirio,—ó en torno de una de las ventanas de tus palacios, se agita la nómada caravana de plumas, se pregunta suspenso el viajero si aquel cuadro brotó del ensueño, si algún invisible genio,—acaso el que presidió las glorias de Venecia,—ha trazado con la luz de aquella mañana la férica aparición, que la sombra de la noche hundirá implacablemente en la aterradora extensión de las aguas.

*Carlos Díaz Dujó*

MI VECINO SANTIAGO.

I

Tenía veinte años, y habitaba en la calle de Gracieuse. Es esta una callejuela que baja de la altura de Saint-Victor, por detrás del Jardín de Plantas.

Subía dos pisos,—las casas son bajas en este barrio,—agarrándome á una cuerda para no resbalar en los escalones desgastados, y llegaba á mi zaquizamí en la más completa obscuridad. La sala, grande y fría, tenía la desnudez, la claridad pálida de una cueva. Sin embargo, en los días

que mi corazón estaba alegre, gocé de claros soles en aquella sombra.

No tardaba en oír risas alegres, que venían del tugurio inmediato, habitado por toda una familia, el padre, la madre y una chieuela de siete á ocho años.

El padre tenía un aire singular, con la cabeza plantada de través entre dos hombros puntiagudos. Su rostro, huesudo, era amarillento, con abultados ojos negros, hundidos bajo espesas cejas. A pesar de su aspecto lúgubre, llevaba como estereotipada en el semblante una sonrisa tímida y bondadosa. Se le hubiera tomado por un gran niño de cincuenta años; se turbaba, se ruborizaba como una doncella. Huía de la luz, se deslizaba á lo largo de las paredes con la humildad de un presidiario indultado. Recíprocos saludos nos fueron acercando. Me agradaba aquella faz extraña, llena de inquieta hombría de bien. Poco á poco, llegamos á cambiar cordiales apretones de manos.

II

Al cabo de seis meses, ignoraba aún el oficio de que vivían mi vecino Santiago y su familia. El hablaba poco: de su mujer, á quien preguntara con verdadero interés en dos ó tres ocasiones, sólo obtuve respuestas evasivas, balbuceadas con torpeza.

Cierto día,—había llovido la víspera, y mi corazón estaba dolorido,—al bajar el boulevard del Infierno, ví venir en dirección contraria á uno de esos parias del pueblo de París, vestido de negro, con sombrero del mismo color y corbata blanca, que llevaba debajo del brazo el estrecho ataúd de un niño recién nacido.

Iba con la cabeza baja; llevaba su ligero fardo con aire de distracción pensativa, y hacía rodar con el pie los guijarros del camino. El cielo estaba blanco. Simpatiqué con aquella tristeza que pasaba. Al ruido de mis pasos, el hombre levantó la cabeza; en seguida la volvió rápidamente, pero era demasiado tarde; le había reconocido: mi vecino Santiago era enterrador.

Le miré alejarse, avergonzado de su vergüenza.

Me dió pena no haber tomado otro paseo. El proseguía su camino, con la cabeza aún más baja, sin duda, que acababa de perder el apretón de manos que cambiábamos todas las tardes.

III

Al día siguiente le volví á encontrar en la escalera. Quiso hundirse en la pared; se achicó, se empequeñeció, recogió con humildad los pliegues de su blusa, para que la tela no rozase mi vestido. Inclinada la frente, su pobre cabeza gris temblaba de emoción.

Me detuve, mirándole á la cara; abrí mi mano cuanto pude, y se la tendí.

Levantó la cabeza, vaciló; tocóle á su vez



mirarme frente á frente; ví que se agitaban sus gruesos ojos y que se tenía de púrpura su rostro amarillento. Después, cogiéndome bruscamente del brazo, me acompañó á mi buhardilla, donde por fin, tomó la palabra.

—Es usted un honrado joven,—me dijo.—Su apretón de manos me ha hecho olvidar muchas miradas insultantes.

Sentóse; se confesó á mí. Me declaró que, antes de ser del oficio, sentía, como los demás, hondo malestar al encontrarse con un sepulturero. Pero más tarde, en sus largos horas de camino, en medio del silencio de los fúnebres convoyes, había reflexionado mucho, y se asombraba del disgusto y el temor que inspiraba á su paso.

Tenía yo entonces veinte años, y hubiese abrazado al verdugo. Me lancé á consideraciones filosóficas, queriendo demostrar á mi vecino lo santo de su misión. Mas él levantó sus hombros puntiagudos, se frotó las manos en silencio, y con su voz lenta y torpe, dijo:

—Creálo usted, señor. Las murmuraciones del barrio, las miradas ofensivas de los transeúntes, me inquietan poco, siempre que mi mujer y mi hija tengan pan. Sólo una cosa me desazona: no duermo cuando pienso en ella. Mi mujer y yo somos ya viejos, y no nos ruborizamos. Pero la juventud es ambiciosa. Mi pobre Marta se avergonzará de mí más adelante. A los cinco años vió á uno de mis colegas, y lloró tanto, tuvo tanto miedo, que no me he atrevido á ponerme aún el traje negro delante de ella. Me visto y desnudo en la escalera.

Me compadecí de mi vecino Santiago. Le dije que dejase sus ropas en mi habitación, y se las pusiera y quitase allí al abrigo del frío. Tomó mil precauciones para trasladar á mi casa sus fúnebres atavíos. A partir de aquel momento, le ví diariamente por la mañana y por la noche. Hacía su tocado en un rincón de mi buhardilla.

IV

Tenía yo un cofre, cuya madera se pulverizaba, carcomida por los gusanos. Mi vecino Santiago lo convirtió en un guardarropa; cubrió el fondo



con periódicos, y colocó encima, doblándolo delicadamente, su traje negro.

A veces, por las noches, en medio de una pesadilla, me despertaba con sobresalto, dirigiendo miradas extraviadas al viejo cofre, que se extendía á lo largo del muro en forma de ataúd; creía ver salir de él el sombrero, el manto negro, la corbata blanca.

El sombrero giraba en torno de mi lecho, zumbando sordamente, dando pequeños saltos nerviosos: el manto se ensanchaba y agitaba sus paños como grandes alas negras, volando por la habitación, hueco y silencioso; la corbata blanca se estiraba; luego se arrastraba suavemente hacia mí, con la cabeza erguida y meneando la cola.

Abría los ojos desmesuradamente, y veía el viejo cofre inmóvil y sombrío en su rincón.

V

En aquella época, mi vida era un sueño de amor, sueño también de tristeza. Sentía cierto placer en medio de mi pesadilla; quería á mi vecino Santiago, porque vivía con los muertos y me traía el olor acre del cementerio. Como resultado de sus confidencias, escribí las primeras páginas de las "Memorias de un sepulturero."

Por la noche, mi vecino, antes de desnudarse, se sentaba encima del cofre para contarme el trabajo del día. Le gustaba hablar de sus muertos. Ya era una joven; la pobre, muerta de una enfermedad del pecho, pesaba poco: ya un viejo; este viejo, que le había magullado el brazo, era un alto funcionario, que debía haberse llevado su dinero en los bolsillos. Tenía así detalles íntimos acerca de cada muerto; conocía su peso, los ruidos que se habían producido en el ataúd, la manera cómo había sido preciso bajarlos por las vueltas de las escaleras.

Ocurría á veces que mi vecino Santiago venía más hablador y expansivo. Se apoyaba en la pared, recogido el manto sobre el hombro, echado hacia atrás el sombrero. Había encontrado herederos generosos, que le habían dado para lutos. En estos casos, acababa por enternecerse, y me juraba que, cuando llegara el momento, daría tierra á mi cuerpo con la mayor suavidad, con mano de amigo cariñoso.

VI

Viví así más de un año en plena necrología. Cierta mañana no vino mi vecino Santiago. Ocho días después había muerto.

Cuando dos de sus colegas se llevaron el muerto, estaba yo en el umbral de mi puerta. Les ví bromear, bajando el ataúd, que se quejaba sordamente á cada sacudida.

—Uno de ellos, bajo y grueso, decía al otro, alto y delgado:

—Enterremos al enterrador.

*Emilio Lolá.*

VIAJEROS NOTABLES.

La prensa europea y luego la norteamericana, dió cuenta del extraordinario viaje que ha emprendido el Dr. P. G. Attias, célebre viajero que ha realizado por dos veces la vuelta al mundo, y se propone llevar á cabo por tercera vez esta hazaña en las más excepcionales circunstancias.

El Dr. Attias, debrá dar esta vuelta al mundo en el transcurso de un año, habiendo salido de Londres sin un solo centavo y debiendo regresar al mismo punto con un capital de \$25,000.



Señora de Attias.

No podrá hacer uso más que de sus facultades intelectuales y por ningún motivo contraerá deuda de algún género.

El viajero es un joven de simpática presencia; habla un español incorrecto; pero bastante elocuente. Se expresa con calor y narra de manera pintoresca, sus extraordinarios viajes.

El primero que realizó, fué en el año de 1897, habiendo apostado con un club londinense que lo llevaría á cabo á pie y en determinadas circunstancias. Regresó á Londres dentro del término fijado y ganó la apuesta, que era de consideración.

El segundo viaje lo efectuó en condiciones no menos originales y también lo ganó.

Este último, le fué propuesto por el "London Exporting Club," y en él se versó también una cantidad considerable.

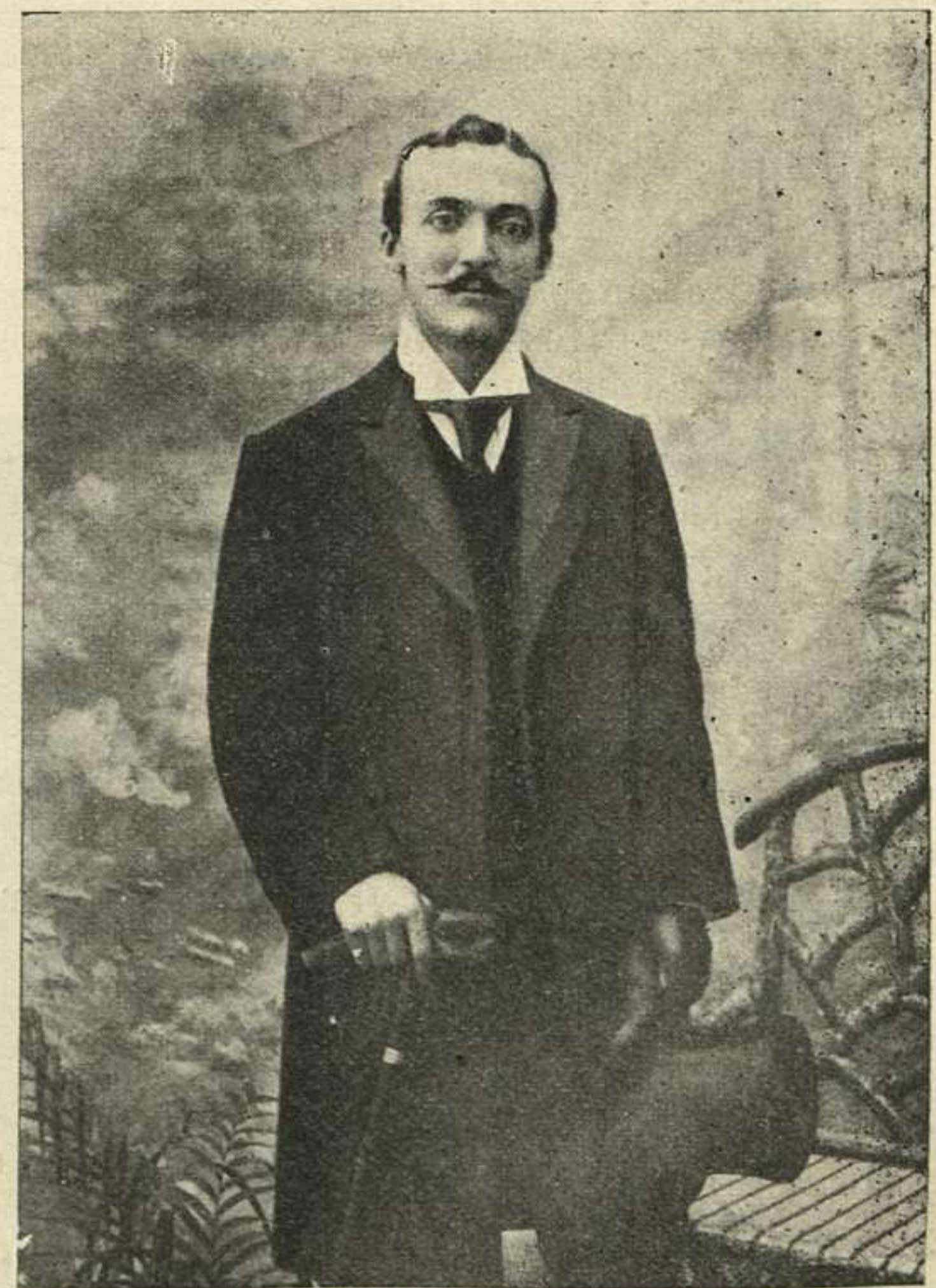
El Dr. Attias, no se resolvía á emprender el viaje que en la actualidad hace, porque cuando le fué propuesto, acababa de contraer matrimonio con una señorita inglesa, hija del General Mayor Moulton; pero ella misma lo animó, ofreciéndole acompañarlo y compartir todas las penalidades de la extraordinaria aventura.

Llegó á América el 15 de Agosto, acompañado de su esposa y seis personas que forman su servidumbre.

Para arbitrar recursos en Canadá, primer punto americano que tocó, empezó por dar conferencias en público, y después publicó un periódico titulado: "How to Make a Fortun."

La edición le dió un rendimiento de \$1,300,

con los que pudo continuar el viaje. Empezó éste en automóvil; pero los terrenos accidentados le impidieron continuar haciendo uso de este medio de transporte y recurrió á las cabalgaduras.



Doctor Attias.

# LEYENDAS OAXAQUEÑAS.

## FANCI LANCHINI.

I

Ya salen de la gruta del Santuario  
Con el traje ritual los sacerdotes,  
Y, seguidos del pueblo, se dirigen  
Entre roncós y místicos clamores,  
Hasta la casa de la noble anciana,  
Que espera el fallo augusto de los dioses.

Ya está extendida la piel manchada  
Del que fué fiero tigre de los bosques;  
Y así la anciana, con acento grave,  
A la solemne inquisición responde:

—“Hace veintiocho días paseaba  
De la verdosa “Ciénega” (1) en el borde,  
Cuando miré en la tierra humedecida  
Un blanco huevo de tamaño enorme;  
Con harta precaución y gran contento  
Mi mano apresurada levantóle,  
Al calor afanoso de una pava  
Cuidadosa lo puse desde entonces,  
Y hoy, con sorpresa y pasmo no sentidos,  
¡Oh, sabios y eruditos sacerdotes!  
En lugar del polluelo que esperaba  
He encontrado este niño: tez de bronce,  
Lustroso y áureo su semblante tiene,  
Y alientan sus miradas, resplandores  
Fugaces que me turban; mientras raros  
Tres cuernecillos, su cabello esconde....  
Yo no sé si es desgracia ó dicha inmensa,  
Pero hay más puro ambiente y más fulgores  
En esta casa y en mi alma siento  
No sé qué hondos y divinos goces,  
Y os revelo el misterio, estremecida;  
Sobre esa piel del tigre de los bosques,  
Invocad el consejo y el pronóstico  
Y, al escuchar la voz de nuestros dioses,  
Interpretad el singular prodigio  
¡Oh sabios y eruditos sacerdotes!”

II

Y enmudeció la anciana, y tras solemnes  
Litúrgicos y extraños sortilegios,  
Una y tres veces las cabezas canas  
Los sacerdotes pálidos movieron,  
Como si, en gran meditación, buscaran  
El alfa incognoscible del misterio....  
Y una y tres veces más, raras palabras,  
Conjuraciones de sus labios trémulos,  
Graves turbaron la actitud inmóvil  
De sus posturas y mortal silencio....  
Hasta que al fin, como al impulso rápido  
De un solo, poderoso pensamiento,  
FANCI LANCHINI (2) alegres exclamaron  
Con una voz que parecía un eco,  
Cual si vibrara en su inspirado labio  
De los dioses chontales el acento.  
Y animados sus rostros—antes lívidos  
Como después de un sueño cataléptico,—  
Así dijeron: —“Venturosa anciana,  
Cien y cien veces te bendiga el cielo  
Ya que sagrada inspiración divina  
Hizo mover tu espíritu y tu cuerpo.  
Este niño que ves, será, sin duda,  
Honra, gloria y defensa de tu pueblo,  
Y ha de reinar sobre el chontal, como antes  
No hubo jamás afortunado reino.  
“Ciencia, virtud, poder,” eso revelan  
Los cuernecillos de su sien, por eso  
Su nombre habrá de ser: FANCI LANCHINI!”  
“¡Fanci Lanchini!” repitió la anciana  
Llena de noble y sin igual contento,  
Y en coro prorrumpió “¡Fanci Lanchini!”  
Entusiasmado del chontal el pueblo;  
Mientras los sacerdotes regresaban,  
Con el traje ritual y á paso lento,

1.—La Ciénega del Pelón, pueblo de San Lorenzo Jolotepeji  
Ho, Distrito de Yautepec.  
2.—“Fanci Lanchini” ó Afane Lanchini” que significa “Tres  
Colibries” según el Sr. Don Manuel Martínez Gracida.



Llevándose consigo hasta el Santuario  
Al niño hermoso que surgió de un huevo!

III

...Ha muerto el Jefe del chontal, ha muerto  
El caudillo feliz y venerado  
Y el pueblo se apresura diligente  
En pos de un Jefe esclarecido y apto.  
Entre la multitud se abre camino,  
Y así exclama elocuente el más anciano:  
—“En el Santuario le tenéis!... ansioso  
De saber y de luz vivió nueve años,  
La religión y la virtud más rígida  
Los nobles sacerdotes le enseñaron,  
Siempre admirando su talento insólito,  
Siempre su anhelo de saber premiando;  
Al lado de los épicos guerreros  
Supo las armas manejar y hablan  
De su valor y agilidad los bravos;  
Vosotros conocéis su ingente origen  
Y no ignoráis que vino de lo alto;  
Lleva en la frente el sello de los dioses,  
En su mirada el esplendor del rayo  
Y es su palabra dominante y dulce  
Como invencible su potente brazo.  
“Ciencia,” “virtud,” “poder” fué su pronóstico....  
¿Tenéis al Jefe y lo olvidáis acaso?...”  
“¡Fanci Lanchini!” proclamó agitada  
La tribu entera, llena de entusiasmo,  
Y del chontal omnipotente Jefe  
Fanci Lanchini resultó aclamado!  
Vistiéronle después los sacerdotes  
Con la veste simbólica. Su mano  
Izquierda asió los arcos y las flechas  
Y—cual señal de potestad y mando—  
Tomó con la derecha el regio cetro  
Y oyó la voz sacerdotal:

—“Oh fausto

Mortal Fanci Lanchini, desde ahora  
Eres el Rey de los chontales, bravos,  
Defiéndanlos tus armas y tu genio  
Y gobiérnalos bien, cual gobernaron  
Los que muertos están, jefes gloriosos  
De alta prosapia é invencible brazo!”  
Y tras solemne procesión, en donde

Aclamáronle nobles y vasallos,  
La multitud se derramó gozosa,  
Al son del baile y populares cánticos,  
Y en los torneos resonó la fiesta  
Con explosión de vivas y de aplausos!

IV

...Ved á la turba sollozar tristísima,  
Vedla correr por calles y por plazas,  
Como al influjo del pesar intenso  
Que emerge amargo de dolientes almas!..  
Aún recuerda las solemnes fiestas  
Que ha tantos años el chontal gozaba  
Cuando Jefe de todos sus destinos  
Al gran Fanci Lanchini proclamara;  
Aún parece ver las metamorfosis  
Del regio gladiador, á quien guiaban  
Al éxito inmortal sus tres potencias,  
Cuando—ágil colibrí de leves alas—  
Volaba, como flecha, por el viento  
Hasta llegar al campo de batalla  
Y allí, sediento de triunfales glorias,  
Y frente á frente al paladín contrario  
Otra vez hombre, en singular pelea  
Rendirlo con la fuerza de su brazo  
Y traer el cadáver del vencido,  
Como botín de guerra, á sus soldados!  
Aún recuerda las contiendas rudas  
En que, al estruendo de la lucha trágica  
Desfallecidas sus valientes tropas,  
Sin fuerzas y sin víveres ni agua,  
El caudillo inmortal, con faz serena,  
Tocaba sus “potencias” que le daban  
Agua, tropas y víveres de sobra  
Para rendir triunfantes la jornada!..  
...Ved á la turba sollozar tristísima,  
Vedla correr por calles y por plazas,  
Como al influjo de pesar intenso  
Que emerge amargo de dolientes almas..

Muerto está su caudillo, aquel que tuvo  
Virtudes, como nadie, extraordinarias,  
El que condujo á los chontales, siempre  
Victoriosos en épicas hazañas;  
El que reinó tan dilatados años  
Y engrandeció su nombre con su raza...  
Ved sus solemnes funerales: tristes  
En pos de su cadáver todos marchan,  
Porque no esperan ya para su reino  
Como Fanci Lanchini otro Monarca!..

Ya llegan á la tumba y se detienen...  
¿Por qué esa inmensa singular alarma?...  
¿Qué suceso impensado ha conmovido  
Aquella humana y silenciosa masa  
Que cual fiero oleaje, se revuelve  
Y como el mar enbravecido, clama?  
¡Oh condición de la divina estirpe!  
En ascensión augusta, inesperada,  
El cadáver del Jefe esclarecido  
A las regiones siderales se alza, (3)  
Como atraído por grandioso influjo  
Que hasta los mismos sacerdotes pasma...  
Y desde entonces deificado tuvo  
El culto sempiterno de su raza  
Que le llamaba con afán TLAPOXNA  
FANCI LANCHINI, y perdurable y  
santa  
Fué su memoria en el Santuario umbrío  
Donde el chontal sus dioses veneraba.

Tal es la historia del infante regio  
Que naciera al calor de humilde pava:  
Innegable verdad ó cuento hermoso,  
Solemne narración ó bella fábula,  
Así lo cuenta, en gráficos orígenes,  
La misteriosa tradición indiana!

1900

Miguel Bolaños Cacho.

3.—A esto debióse que la tribu lo deificara, dándole el nombre de “TLAPOXNA Afane Lanchini,” que quiere decir: “Dios de los Tres Colibries.”—M. Martínez Gracida.

## LA CONSAGRACIÓN DEL NUEVO OBISPO DE YUCATÁN.

Acontecimiento solemne, fué, en la semana que acaba de pasar, la consagración del Sr. Dr. Don Martín Tritschler, preconizado Obispo de Yucatán, y de dicha ceremonia tomamos fotografías que ilustran este número, contándose entre los grabados una copia del retrato del nuevo Prelado, que hemos tenido la fortuna de obtener.

La ceremonia, que estuvo muy concurrida por personas distinguidas, se verificó el domingo pasado en la Colegiata de Guadalupe. Fué consagrante el Ilmo. Sr. Arzobispo de México, D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, y tuvo como asistentes á los Ilmos. Sres. Obispos de Chilapa y de Cuernavaca.

Como es bien sabido, el acto de la consagración de un nuevo Prelado es de los más impotentes que se practican dentro de la liturgia católica; el juramento que se toma al electo, la consagración con el Santo Oleo, la imposición de las vestiduras, la entrega del báculo, la mitra y el pastoral, lo mismo que el "Te Deum" con que se cierra la ceremonia, tienen infinidad de detalles que imponen aun á los menos devotos, y todos ellos fueron cumplidos como lo exige el ritual.

Como padrinos del nuevo Obispo figuraron los Sres. Licenciados Martínez de Arredondo, Rubio Alpuche, Dondé y Cantón Rosado y los Sres. Bernardo Ruiz de Santiago, Escudero, Rejil, Peón, Domínguez, Coutolenne y García Amora, siendo padrinos de la consagración el Sr. Lic. Raz Guzmán, otros particulares y el Sr. Canónigo D. Manuel Acevedo, de la Catedral de Mérida, que vino presidiendo una comisión encargada de manifestar al nuevo Prelado el regocijo que su elección ha motivado entre la sociedad católica de la diócesis de Yucatán.

Terminada la ceremonia, el nuevo Obispo recibió infinidad de felicitaciones; dió por primera vez la bendición episcopal, y en seguida un grupo de invitados asistió á un banquete que presidió el Ilmo. Sr. Alarcón y que se verificó en uno de los departamentos interiores de la misma Colegiata de Guadalupe.

## Exposición de ganadería en Coyoacán.

Los progresos obtenidos en los últimos tiempos en la cría y mejoramiento de los ganados, han avivado los estímulos de la competencia entre los ganaderos, dando esto origen á las exhibiciones de ejemplares zoológicos en los Concursos y Certámenes que con tanta frecuencia se vienen efectuando en las principales Capitales europeas y americanas.

En el país, diferentes concursos de esta especie han sido organizados con el apoyo, muy laudable en verdad, de la Secretaría de Fomento; y de éstos, los que mayor éxito han obtenido hasta hoy, han sido los organizados por la Sociedad de Concursos de Coyoacán.

Acaba de celebrarse el séptimo de estos Certámenes que se abrió el día once del corriente, para cerrarse el dieciocho del mismo.



**Ilmo. Sr. Dr. D. Martín Tritschler.**

Ha sido el más selecto entre los Concursos habidos. A más de los numerosos expositores del país, concurren no pocos ganaderos de los que tomaron participación en la última Exposición de Agricultura de San Antonio Texas.

Entre los jardines y huertos del pintoresco pueblo de Coyoacán, se encuentra el local de la Sociedad de Concursos.

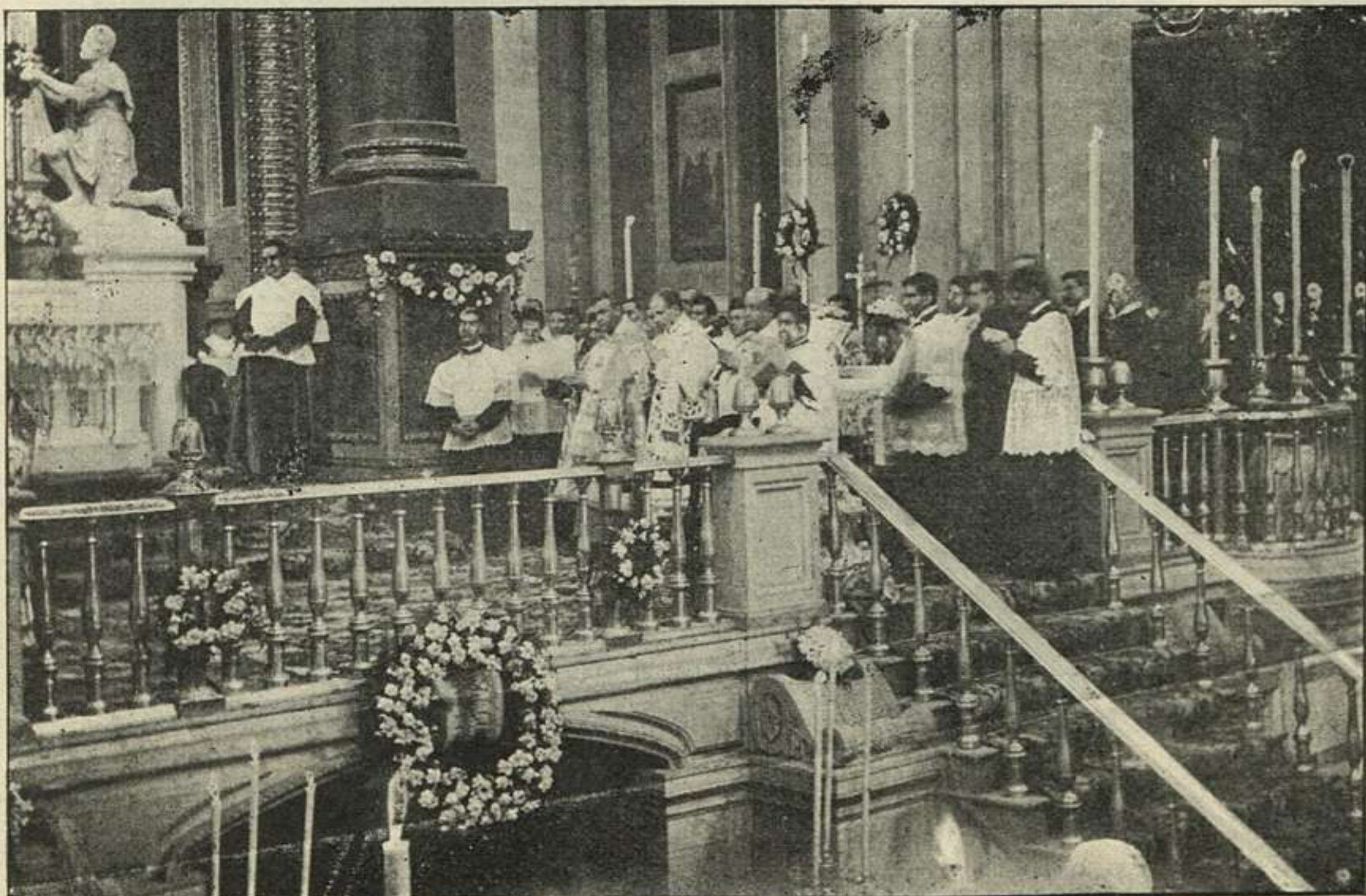
Allí fué donde instalaron sus lotes los expositores, en considerable número.

Han sido expuestos ejemplares de diferentes especies de ganado, y hubo entre ellos, no pocos dignos del importante certamen.

El ganado vacuno es, sin duda alguna, el que ha obtenido la primacía en el Concurso.

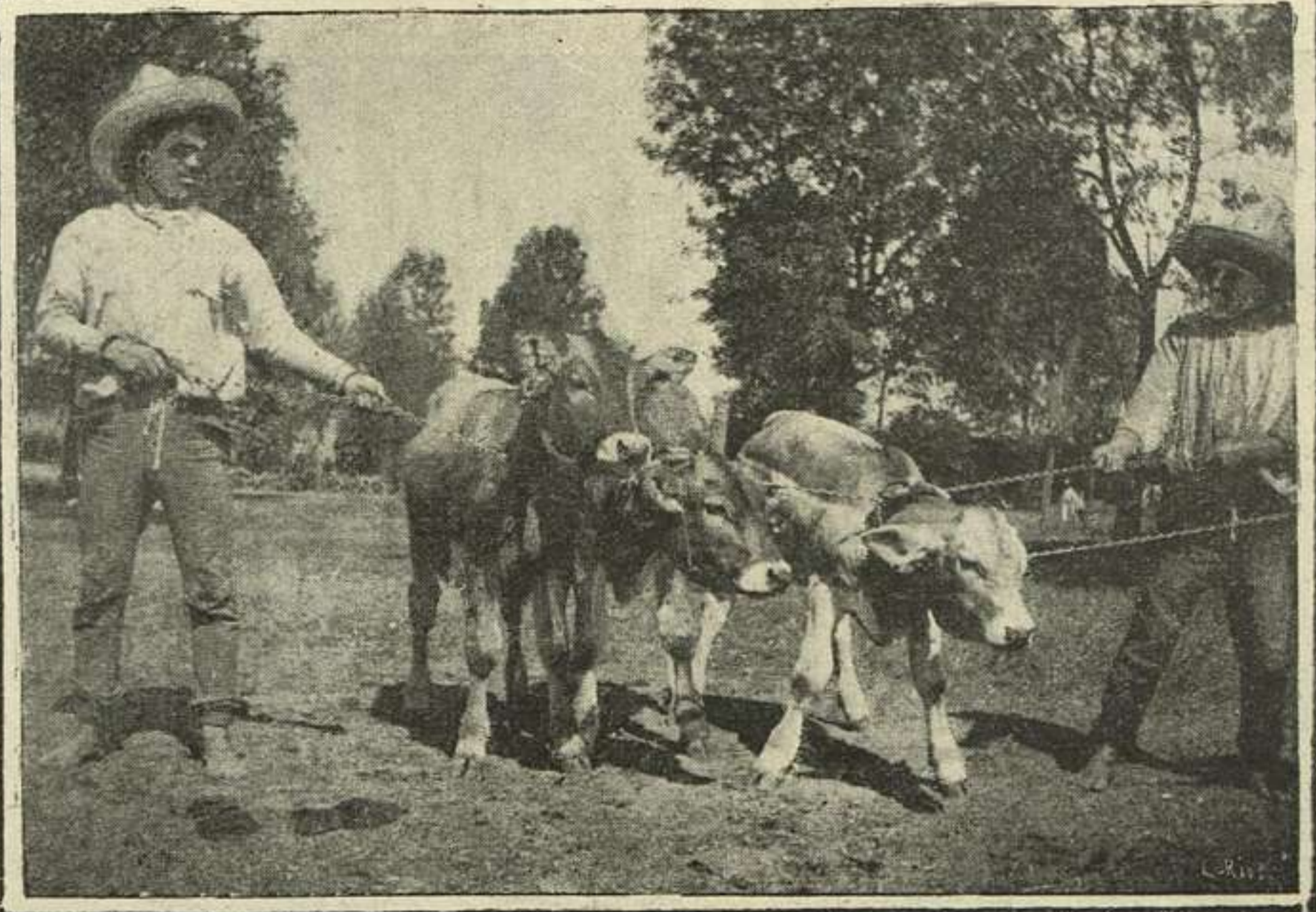
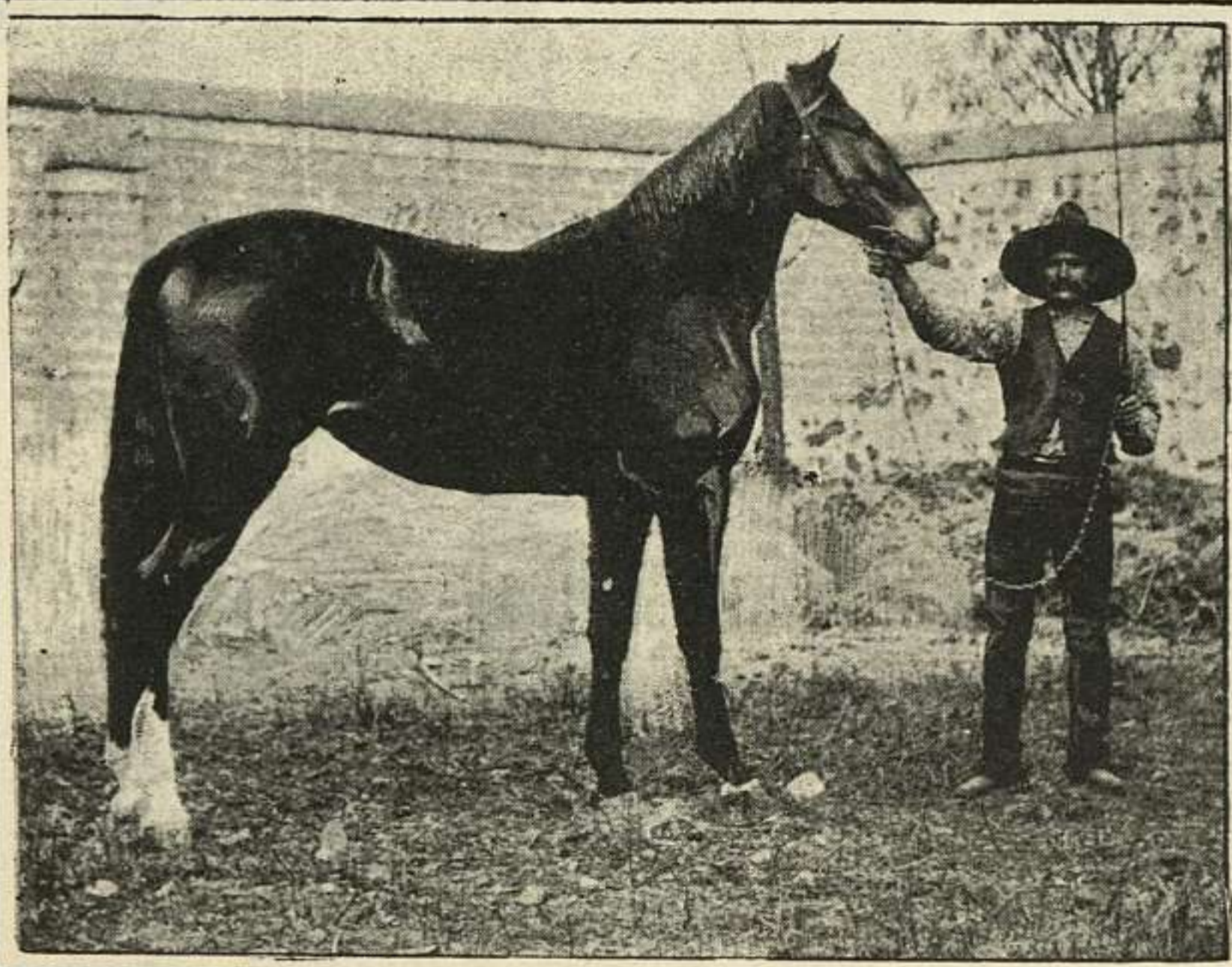
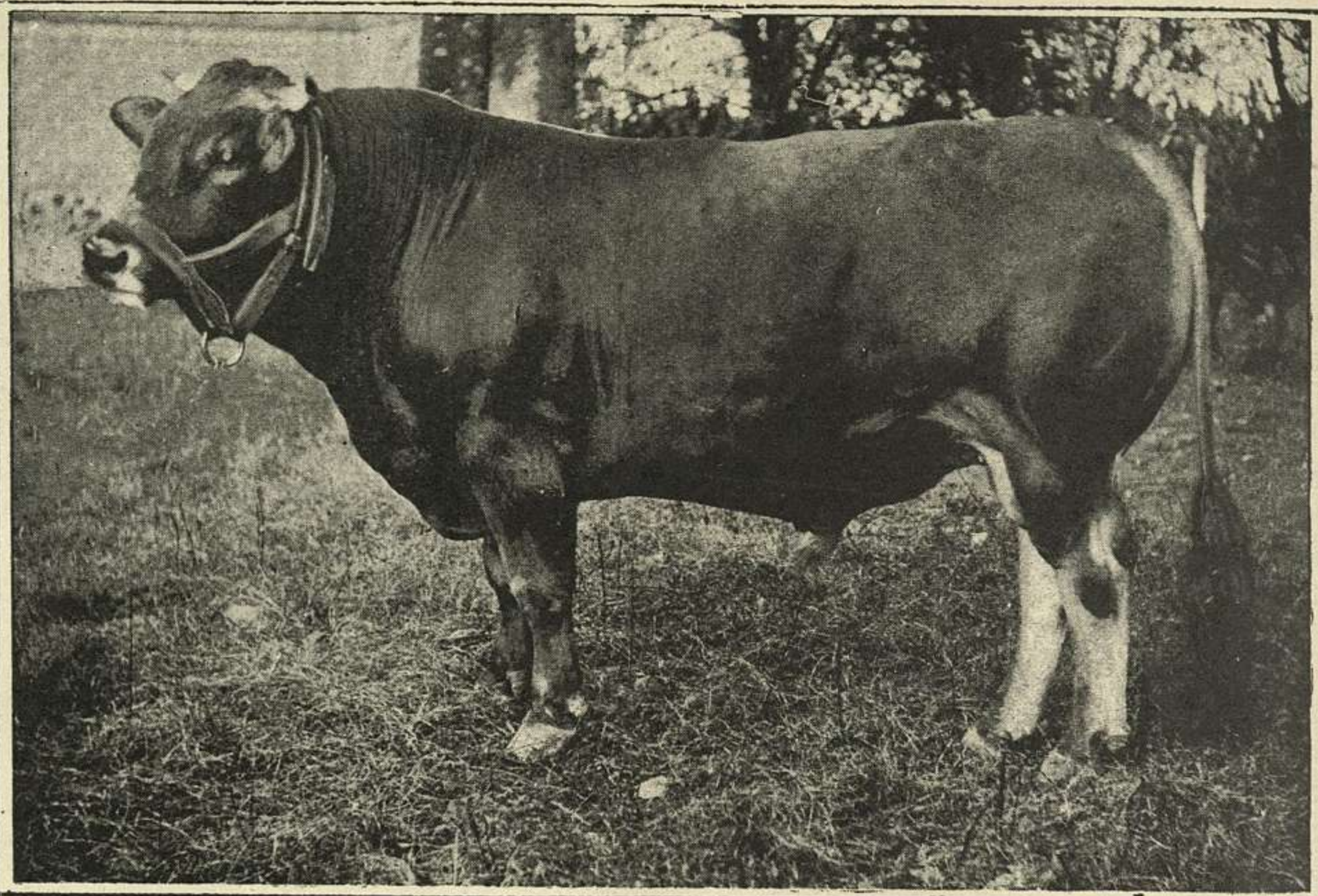
La importación de ganado de esta especie, es de importancia en el país; nos son conocidas las principales razas de los criaderos del mundo, y nuestros ganaderos se han dedicado empeñosamente al cruzamiento de esas razas con las del país, resultando hermosos ejemplares de raza criolla.

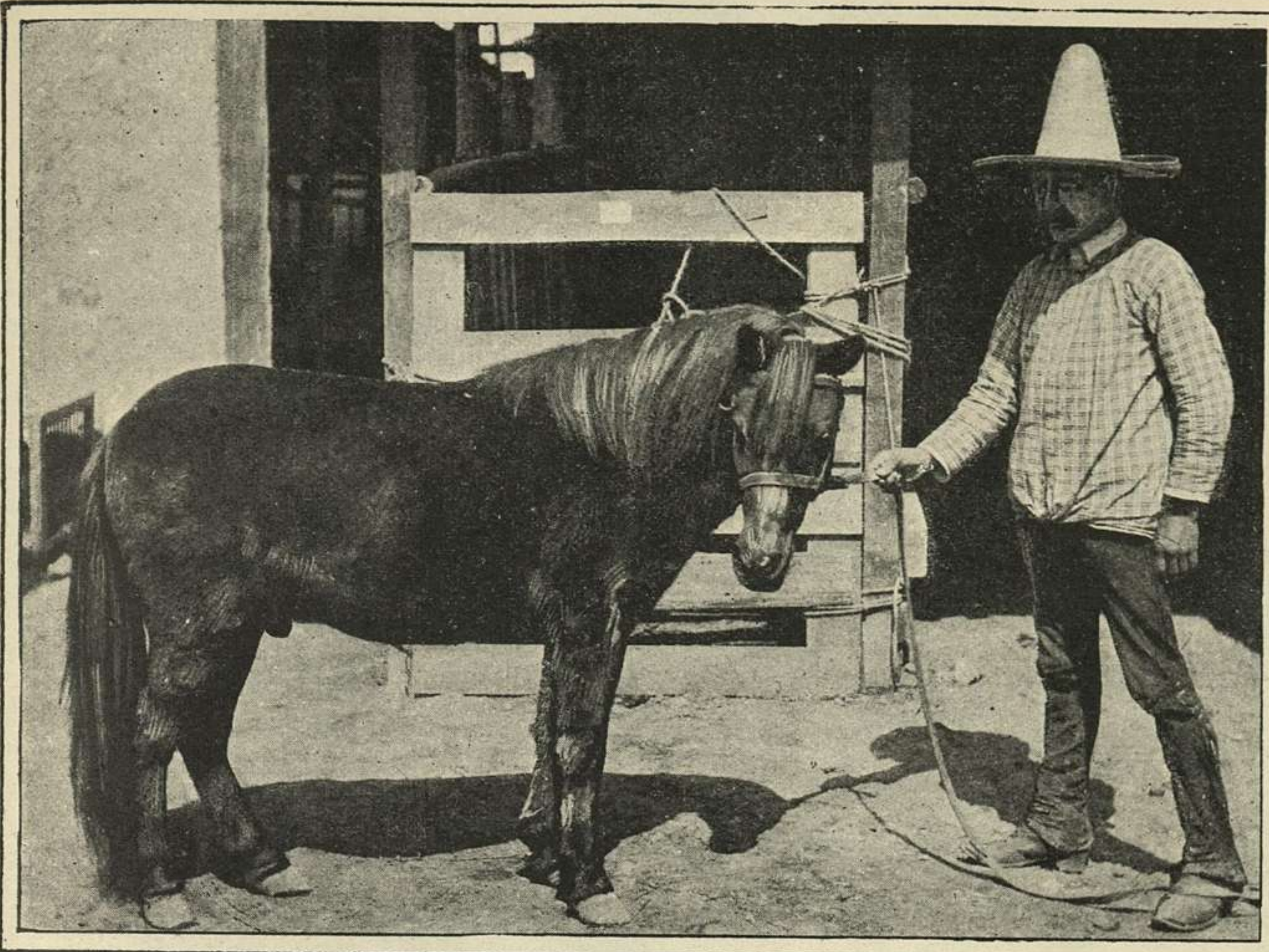
Puede calificarse el contingente de la Exposición en esta forma: ganado vacuno, caballar, lanar, porcino, animales y aves de corral y perros de razas estimadas.



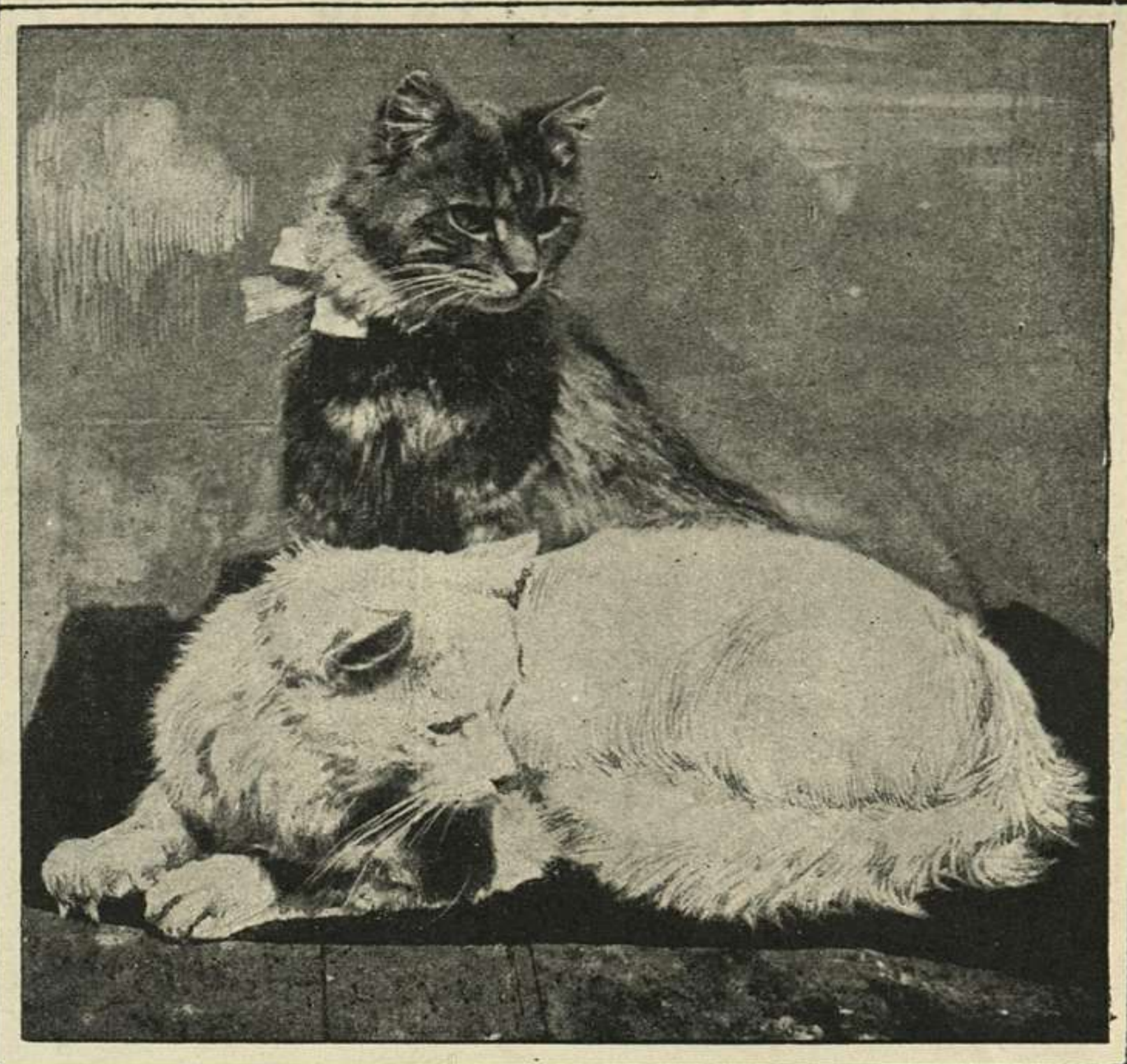
Ceremonias de la consagración del nuevo Obispo de Yucatán.—Fotografías del natural, especiales para "El Mundo Ilustrado."

# Séptimo concurso de ganadería en Coyoacán.

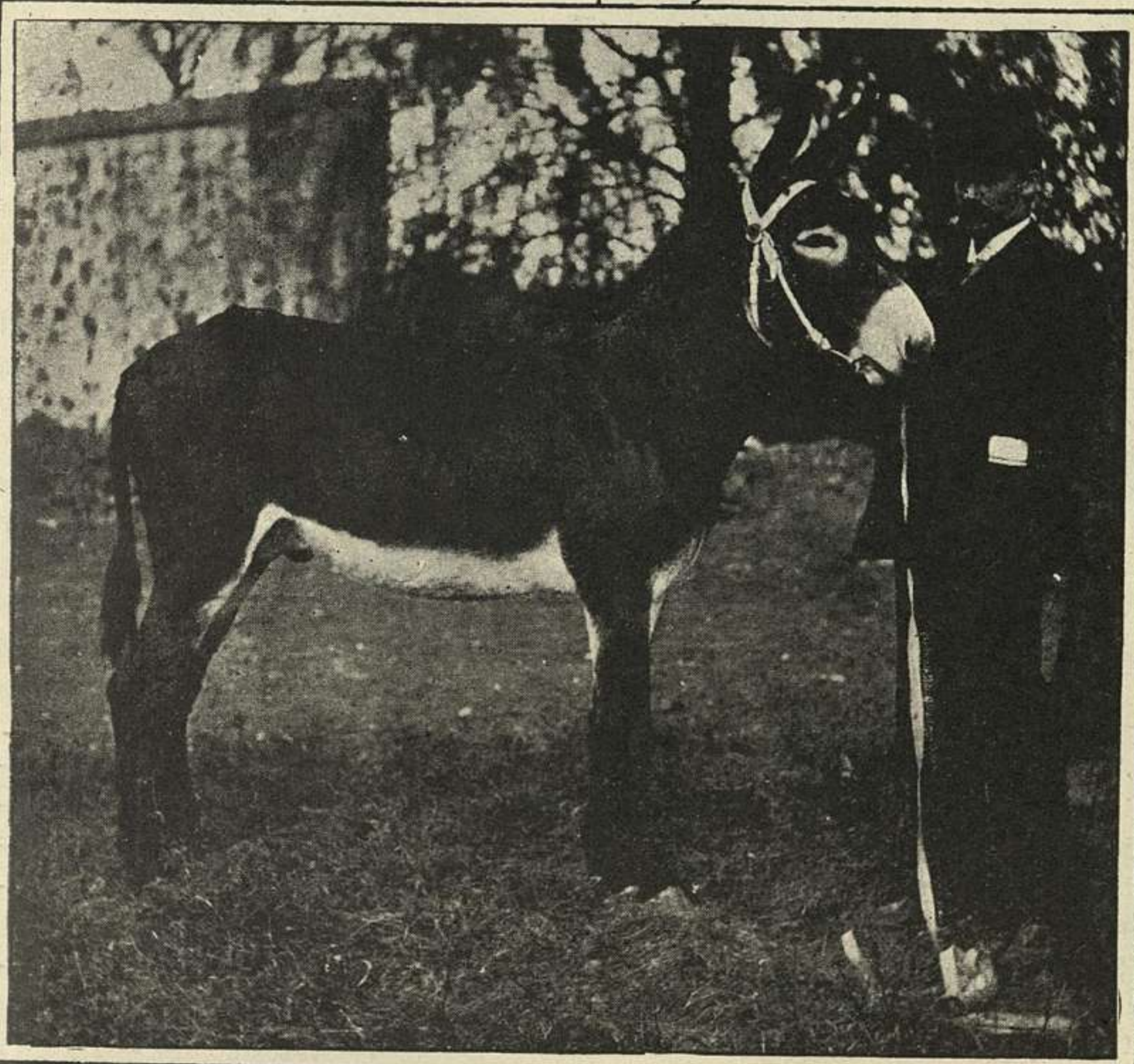




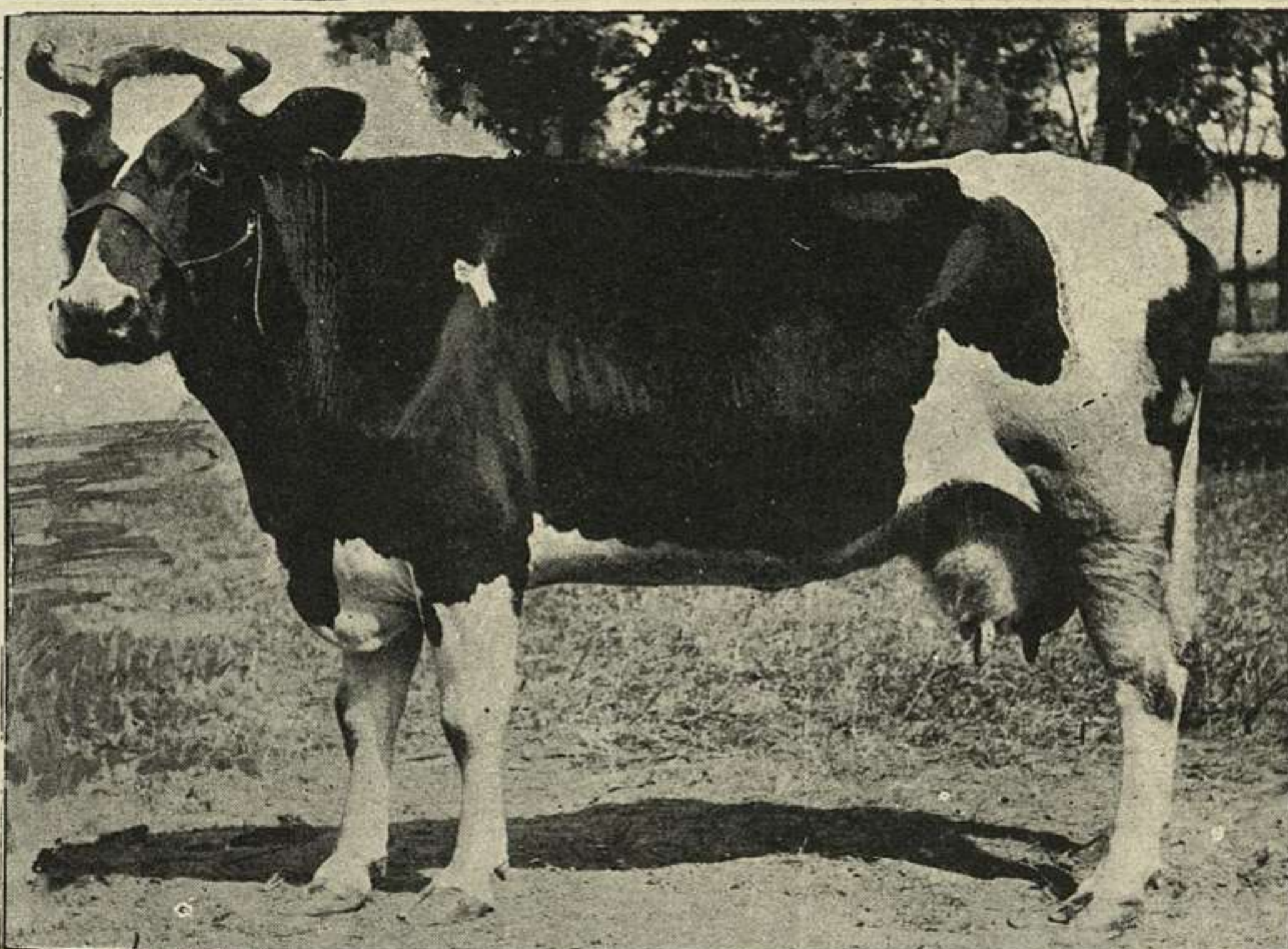
"OTELO" poney



GATOS PERSAS



BURRO exhibido por el estado de Chihuahua



Vaca  
Raza  
Hereford



PERRO de  
[St]  
Bernardo



PERRO BULLDOG



EL LEON TORO SUIZO



Perro escoces

# LOS RESTOS DE DON VIDAL ALCOCER

*“Dejad que los niños se acerquen á mí.”*

Nació en humilde cuna: su padres pertenecieron á la clase deheredada de la sociedad.

De niño recibió la escasa instrucción de su época; de joven no concurrió á las aulas, porque en su hogar no podía haber brazos desocupados. Las necesidades de una familia numerosa, en su mayor parte femenina, reclamaban el empleo de las energías y actividades de todos los varones de aquella casa. Y más tarde, cuando las pequeñas niñas se transformaron en mujeres, también trabajaron para proporcionar el sustento, dedicándose al Profesorado.

Por esto es que, cuando Vidal Alcocer traspasó el dintel de la edad florida, se consagró al aprendizaje de un arte mecánico, y el joven obrero del trabajo, vivió desde entonces del sudor de su frente.

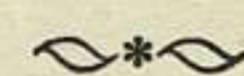


Era la época luctuosa para la patria. La esclava de tres siglos se erguía en aquellos instantes para arrojar lejos de sí el yugo del dominio, y entre sus buenos hijos, que ofrecieron el sacrificio de la vida á cambio de la integridad nacional, surgió el modesto artesano, quién fué á regar su sangre en los campos del combate.

Y cuando en el suelo patrio, la lucha con el extraño fué reemplazada por la lucha entre los hermanos, ni el patriotismo del antiguo insurgente, ni las virtudes cívicas del Ciudadano modelo, permanecieron inactivas: Vidal Alcocer siempre estuvo con los hijos virtuosos de la Patria.

Y vino la edad madura: el joven se hizo hombre; su sangre, enardecida en el combate, ya no salpicaba los campos de batalla.

Entonces Alcocer se consagró al cumplimiento de un ministerio noble, quizá el más noble de los ministerios.



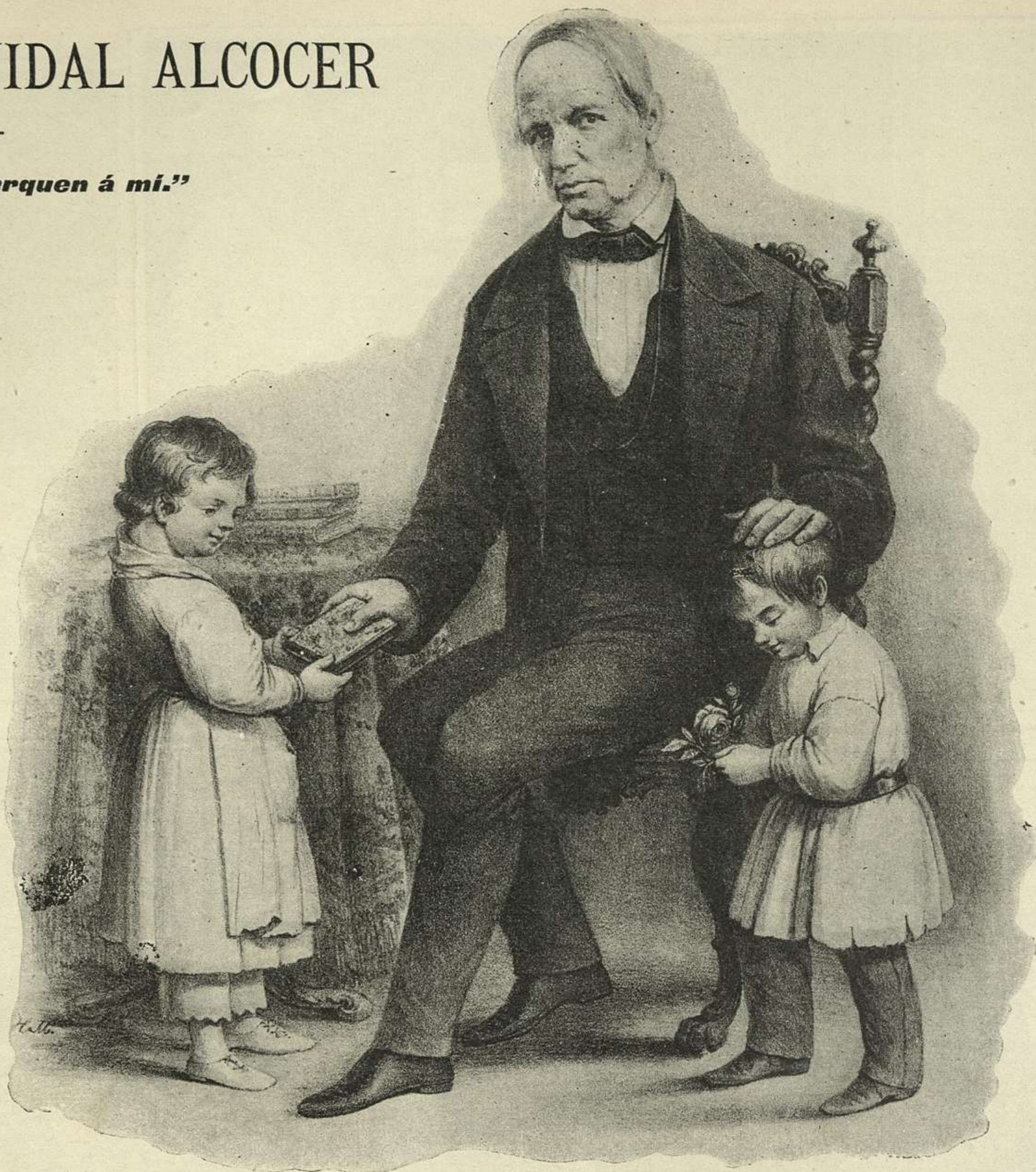
Enseñar al que no sabe; proteger y amparar á la niñez desvalida. Una de las más bellas fases de la caridad, sintetizada en aquella frase: “dejad que los niños se acerquen á mí.”

Educar á los niños es formar hombres; es hacer de ellos buenos hijos, que serán después mejores padres y virtuosos ciudadanos.

Y se impuso esta misión, él, ante cuya sed de aprendizaje habían pasado indiferentes los poderosos. El, que carecía de patrimonio, patrocinó á los hijos de los menesterosos, derrochando los reducidos ahorros de un constante trabajo en impartir la instrucción entre la niñez miserable.

Los huérfanos encontraron padre en aquel hombre de corazón de oro; los niños desvalidos comulgaron entonces ante el ara de la Escuela, con el pan de la inteligencia y á sus hogares miserables fué llevado por la mano benéfica de Alcocer, el pan del cuerpo.

Benefactor de los pobres en general, amparo de los niños, particularmente, y más que todo esto, decidido y constante protector y divulgador de la



Don Vidal Alcocer.

instrucción entre las clases pobres, esto fué Vidal Alcocer.

Habitó por muchos años en el barrio de la Palma, y fué la “providencia” de los vecinos del rumbo. Fué el fundador de las primeras Escuelas que hubo en México, y constantemente gestionaba concesiones cerca del Gobierno, para el mejoramiento y progreso de los establecimientos de instrucción.

Fundó una Sociedad de Beneficencia, que fué de las primeras en su género en aquella época.

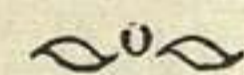
Los profesores de entonces supieron apreciar en su valor, los méritos del ilustre benefactor, y justipreciaron también sus esfuerzos en pro de la enseñanza.

Damos publicidad á un grabado que tomamos de otro que fué ofrecido como modesto presente, á Vidal Alcocer, por el Cuerpo de Profesores de esta capital en el año de 1840, con motivo de su cumpleaños.

Cuando falleció el benefactor, en 23 de Noviembre de 1860, numerosos huérfanos quedaron abandonados, habían perdido á su segundo padre, y mujeres viudas y hombres desvalidos y niños de todas clases, bendecían la memoria de aquel que fué su apoyo y amparo.

Se inhumaron sus despojos en el entonces Cementerio de los Angeles, de donde fueron trasladados el 14 del corriente á una fosa de preferencia del Panteón de Dolores, inmediata á la Ronda de los Hombres Ilustres.

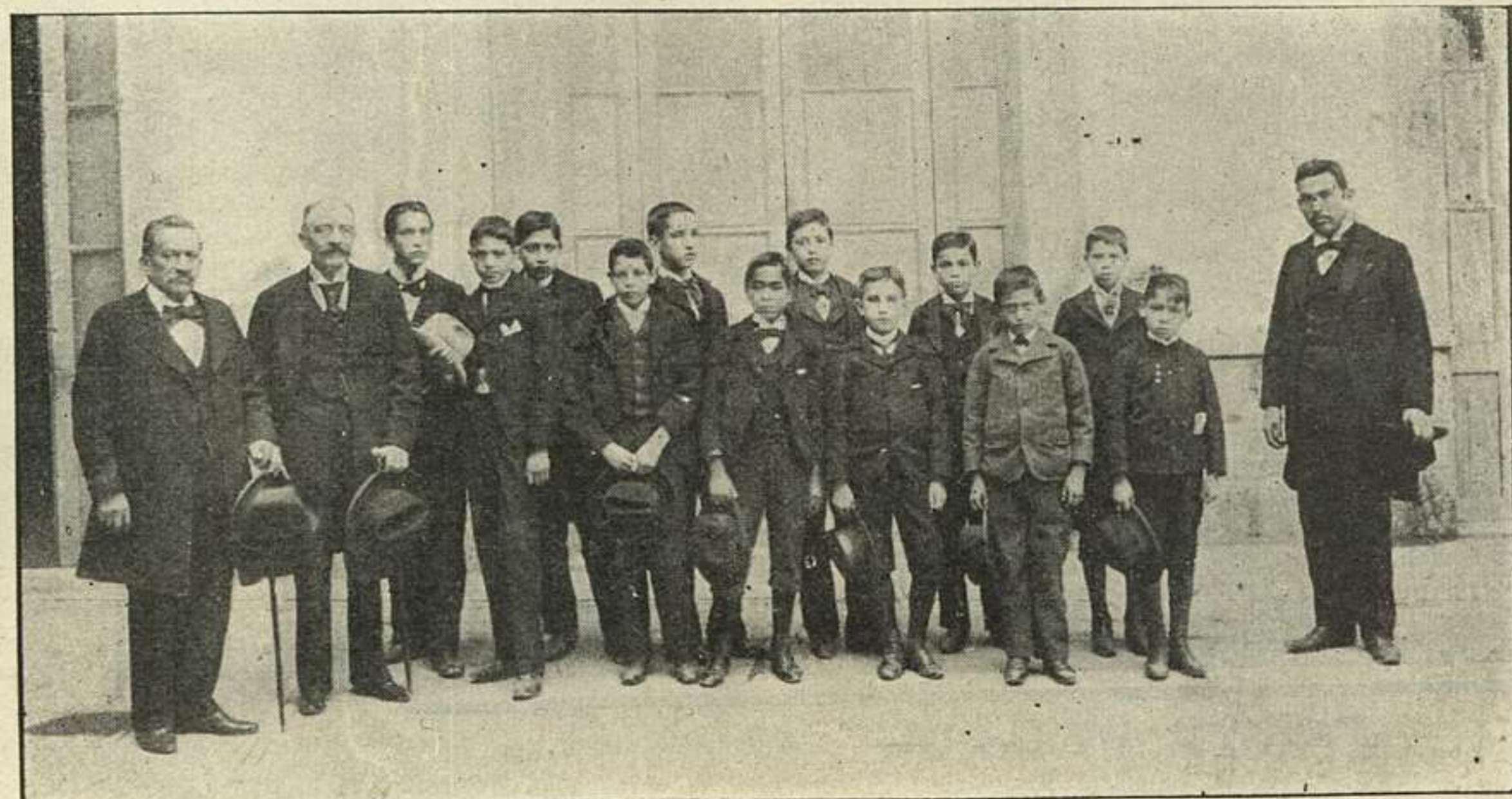
Merecido tributo á la memoria de tan esclarecido mexicano!



De la familia Alcocer vive aún la señora Doña Dominga, simpática anciana sexagenaria, de acrisolada virtud.

Esta dama, lo mismo que sus hermanos, se dedicó al Profesorado por muchos años de su laboriosa vida; ahora, enferma y achacosa, para la existencia con la tranquilidad de espíritu de quien jamás ha faltado á los preceptos de la moral.

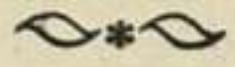
A la ceremonia de traslación de los restos del Benefactor, asistieron grupos de niños de uno y otro sexos, representando á las Escuelas de Instrucción Primaria, algunas señoritas, en representación del Profesorado, y el H. Ayuntamiento, en cuyo seno se acordó é inició la traslación de los restos.



Grupo de niños y niñas, alumnos de las Escuelas Nacionales.



## EL CLUB "MERCURIO."



El "sport" del ciclismo ha triunfado. Venciendo obstáculos y arrollando dificultades, se abrió paso á través de añejas preocupaciones y al fin ha conseguido penetrar victorioso en nuestras costumbres.

Y avanza entre nosotros á grandes pasos: es ya un conquistador.

En un principio, cuando se inició la velocipedia en el país, se creyó que no iba á ser posible su implantación y tuvo sus enemigos y hasta sus detractores.

Se empezó por juzgar inútil al "sport," y se dijo después que era nocivo á la salud, se le llamó anti-higiénico.

Pero la juventud encontró en la velocipedia, al principio, una distracción; después, el elemento nuevo de nuestra "hige life" adoptó el bicicleta para exhibir, desde una elevación mayor de un metro, sobre el pavimento de las avenidas aristocráticas, sus entonces rudimentarias habilidades en el arte de pedalear; luciendo á la vez el desgarbo y la figura los jóvenes elegantes, jinetes en el primitivo caballo de hierro de gran alzada, al que, hasta cierto punto, se estuvo en lo justo, juzgándolo inútil.

Pero él nos inició en el "sport" del ciclismo, que ya no es entre nosotros un exótico: está perfectamente aclimatado. Y al bicicleta substituyó la bicicleta, como aquél había reemplazado al triciclo.

Y á partir de la época en que fué introducida al país la bicicleta, ha venido esta máquina en carrera triunfal, imponiéndose hasta hacerse necesaria como lo es en la actualidad.

El ciclismo sigue día á día tomando incremento en la Capital, y el moderno vehículo es empleado como uno de los más fáciles medios de locomoción por las vías públicas de la Ciudad, por las calzadas, y empieza á extenderse hasta á los caminos para excursiones á considerables distancias.

En la actualidad, hay varios Clubs de ciclistas, formados en su mayor parte por el elemento extranjero, y solamente existe uno en la Capital, cuyos miembros todos son mexicanos: jóvenes dedicados al comercio, que tuvieron la idea de estrechar los vínculos de amistad y compañerismo, formando una agrupación que tuviera como un móvil, el indicado, y como un atractivo, el "sport."

La iniciativa partió de los señores Francisco



**ELVIRA LAFON, Primera Tiple de la Compañía Tomba.**  
(Teatro Principal)

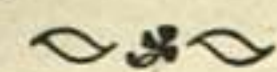


Grupo de los miembros del Club "Mercurio."

Bellido, Enrique F. Miranda, Rafael Domínguez y Alfredo Moulat, y el Club quedó definitivamente instalado en Agosto último, constando de más de veinte miembros, siendo los principales de entre ellos los señores Enrique Mirez, Juan Etcharren, Manuel Ruiz, Delfino Mercado, Juan Rodríguez, Francisco Bellido, Manuel M. Pacheco, Manuel Rodríguez, José Espejel y Raúl Montero del Collado.

Acaba de efectuar su primera excursión reglamentaria el "Mercurio," que así se denomina la agrupación de "sportmen." Se dirigieron los jóvenes rumbo á Texcoco, pero hubieron de hacer escala á inmediaciones de la Hacienda de Chapingo, y como se encontrara en su finca rural el señor Don Manuel González, hizo este caballero una galante invitación á los ciclistas, para que pasaran á visitar la Hacienda, habiendo el anfitrión ofrecido á sus invitados un copioso banquete que se sirvió en el suntuoso comedor de la casa.

Pasaron también los invitados á la sala de armas, y se consagraron á ejercicios de tiro, tomando después varias impresiones fotográficas, de las cuales publicamos el grabado que ilustra estas líneas y representa á los miembros del referido Club, que merece general simpatía, porque sociedades de este género siempre son provechosas en México donde faltan distracciones honestas y agradables para los jóvenes.



El Club "Mercurio," no solamente se consagra al sport, sino que, según su programa, organizará conciertos y veladas, bailes y otras fiestas recreativas.



*La Reina Guillermina.*

**EL MATRIMONIO DE LA REINA DE LOS PAISES BAJOS**

Sabido es que, desde que la reina de los países bajos, alcanzó su mayoría de edad, tomando, al mismo tiempo, posesión de la corona, se le presentaban á cada instante proyectos de matri-

monio, de los cuales ni siquiera se preocupaba la real cortejada.

Pero esta vez, la noticia desmentida tantas veces, del matrimonio de la joven soberana, ha resultado exacta: la reina Guillermina acaba de haber publicado en el diario oficial de La Haya una proclama, en que anuncia sus desposorios con



*El duque Enrique de Mecklenburgo-Schwerin.*

el duque Enrique de Mecklenburgo-Schwerin.

La reina Guillermina, hija del difunto rey Guillermo III y de la reina Ema, ha cumplido 21 años el día 31 de Agosto próximo pasado; desde hace dos años reina sobre los Países Bajos.

Su prometido, el Duque Enrique-Vladimiro-

Alberto-Ernesto, nació en Schwerin el día 19 de Abril de 1876; es hermano, de segundo lecho, del Duque Juan, regente de Mecklenburgo-Schwerin.

En los cuadros del Ejército alemán, figura como teniente en el batallón de los cazadores de la guardia.

# PADRINO Y MADRINA.

Eduardo tenía dieciséis años cuando fué padrino de su pequeño primo. El día del bautismo, llegó con sus padres vestido elegantemente para la ceremonia. Desde luego preguntó á quién se le había destinado por comadre.

—Es á la pequeña María; tú no la conoces, más ya verás qué linda es.

Cuando la vió, debió confesar, en efecto, que en su vida había encontrado una criatura más bella.

María tenía nueve años; apenas representaba siete, de tal modo era la expresión de su rostro infantil y sencillo. Se podía comparar, sin exageración el color de sus redondas mejillas, á las rosas de Junio, y sus ojos claros, dulces y limpios, á los tiernos myosotis que se miran al borde de los ríos, en el agua que pasa cantando.

Eduardo encontró muy bonita á la pequeña María, bonita como una muñeca, con su traje blanco, sobre el cual flotaba un lazo atado al talle, del mismo color de sus ojos. Admiró los sedosos rizos de sus cabellos, que se enortijaban formando un nimbo de oro á su delicada y blanca frente. Le encantó la pequeña María; más cuando, por indicación de su mamá, se adelantó para ofrecerle un lindo ramo de flores blancas, se encontró ridículo é hizo un movimiento de disgusto.

Una joven, que él no conocía, le miraba, sonriendo maliciosamente:

—Ofreced el brazo á la madrina. le dijo con tono picaresco.

Eduardo se puso, al oír estas palabras, de mal humor. Frunció el ceño y pasó varias veces la mano sobre su labio superior, que un obscuro bozo comenzaba á sombrear. ¿No tenía él dieciséis años cumplidos? ¿No se había presentado algunos meses antes con el grado de bachiller? ¿Entonces, por qué se le daba por compañera á esa chiquilla de vestido corto? ¿Por qué no más bien, á esa señorita ya formal, de la cual el bonito talle se dibujaba en un traje de seda y que atraía sus miradas? Al menos, con ella, hubiera podido tener conversación y mostrarse inteligente, hablando de sus proyectos del porvenir, que eran muy vastos de sus gustos artísticos, que él encontraba originales y bien fundados, de sus ideas políticas, de las cuales tenía la mejor opinión. Más yo os pregunto, ¿de qué podía hablar con la pequeña María? ¿De sus muñecas ó de sus primeras lecciones de piano?

Entonces para hacer notar su desprecio, fingió interesarse extraordinariamente, en su ahijado, que con las manos cerradas, dormía bajo los velos de su cuna.

En la mesa, la pequeña María se portó correctamente. Pero por cierto que no parecía divertirse con ésta moderación.

Por condescendencia, Eduardo, dos ó tres veces, le hizo alguna pregunta sencilla, mirándola con piedad.

Un poco asombrada, ella respondía cortesmente, con dulce voz:

—Sí, señor; no, señor.

Y tímidamente, la pequeña María, fijaba de tiempo en tiempo la mirada límpida, de sus ojos claros, hacia un niño, como de seis años, del cual la redonda cabecita, aparecía al otro extremo de la mesa.

Como una distinción honrosa, habían colocado al padrino y á la madrina, enfrente de los padres del niño bautizado.

En fin, á los postres, se permiten al niño y á María, ir al jardín. Muy pronto sus risas y gritos de alegría, llegaron hasta los convidados,

anunciando que por aquel lado no había fastidio.

Eduardo se encontró entonces cerca de la joven que le había mirado burlescamente y que ves-



tía un hermoso traje de seda. Aproximaron sus sillas y se pusieron á conversar con la exagerada seriedad de los jóvenes que quieren pasar por gente formal.

Y muy pronto, el joven olvidó por completo á la pequeña María.

\*\*\*

Diez años después, siendo Eduardo subteniente de húsares, y tan brillante soldado como hombre de mundo, fué invitado para ser "gascón de honor" de su prima, la hermana mayor del niño, del cual, él era padrino

—¿Y quién será mi compañera, la dama de honor? preguntó.

—Será la pequeña María, la conoces muy bien, tu comadre. Seguramente no la has visto desde el día del bautismo, pues vive lejos de aquí, y se la vé muy poco.

Eduardo calculó que María debía tener diecinueve años, recordó con placer el lindo rostro que indudablemente no habría cambiado en delicadeza. Se divertía pensar que al volver á ver á la joven, no se reconocerían desde luego, tanto habrían cambiado uno y otro.

Lo mismo que en aquella ocasión, llegó con sus padres, á casa de su tío, que era donde iba á verificarse el matrimonio. Y fué en aquel mismo salón, en el

que nada había cambiado, ni los convidados, donde él volvió á ofrecer un ramo de flores blancas á María.

La linda niña era ahora una bella joven; se encontraba en sus facciones el mismo encanto infantil, sus ojos azules al fijarse en otros nuevos ensueños, conservaban el inefable candor de su mirada, y sus cabellos de un hermoso castaño claro, se anudaban en lo alto de la nuca, en una trenza, cuyos dorados tonos cambiaban con la luz.

Esta vez, Eduardo no rechazó la elección que se había hecho para él, y el día transcurrió dulcemente hora tras hora.

María, por su parte, no parecía disgustarla la compañía del oficial, y la sonrisa no desapareció de los labios de los dos jóvenes más que cuando sonó la hora de separarse.

Entonces, el tío, dijo á Eduardo:

—Vosotros habéis sido padrino y madrina juntos, después gascón, y dama de honor. Ya no os falta más que ser desposados. . . . Tú lo sabes, la pequeña María es un buen partido. . . . ¿no quieres pensar en ello. . . . ?

—Lo hé pensado ya, tío mío, dijo Eduardo con vacilación, y de tal modo es dulce para mí ese pensamiento, que espero arrullará los sueños de toda mi vida. ¿Querés pedir en mi nombre la mano de la hermosa niña?

## SANTA TERESA.

Beldad, talento, gracia y cortesía,  
sin tasa concedió benigno el cielo  
á la doncella que del patr'o suelo  
es honra y gloria, encanto y alegría.

Su corazón los nobles á porfía  
ganar intentan con ardiente anhelo,  
mas ella orando, á D'os en el Carmelo  
se ofrece por esposa en feliz día.

Y el rey de reyes aceptó su mano,  
y de ciencia riquísimo tesoro  
en su espíritu infunde soberano,

y el anillo nupcial, por más decoro,  
le pone luego, y de su amor ufano  
le pasa el pecho con un dardo de oro.

José Sebastián Segura.





SUPREMA ANGUSTIA.